

CAPÍTULO VII

Habíamos dejado a Miguel Rodríguez en compañía de la muchacha a la que había ayudado en su caída, es bueno acabar de narrar lo que se ha empezado y eso es lo que se hará.

Durmió él algunas noches en casa de ella, ni que decir tiene que dormían uno en los brazos del otro. Por el día vagaba sin rumbo fijo por las calles y arrabales, o permanecía en la biblioteca como lector insaciable. Acudía a comer y cenar en el comedor de ayuda, jamás se paraba ante escaparates de comida, rehuyendo especialmente en las que hubiesen expuestas variedades de quesos, estos le gustaban demasiado para contemplarlos sin poder comérselos. No se detenía tampoco ante las confiterías, la vista de variedades de pastelillos y cierto tufillo a rico postre le hacían flaquear su decisión, aprendió a pasar de largo sin arrojar sobre ellos una sola mirada. Le recordaba esta actitud a cuando era niño y acompañaba a su padre a la ciudad, pasaban ante una juguetería, su padre le ponía una mano sobre el lateral de ojo, al modo que las ojeras se les pone a los caballos para que únicamente miren al frente. De esta forma pasaban ante el escaparate con numerosos juguetes sin que él se diese cuenta y pidiese a su padre la compra de alguno de ellos. Ante estos recuerdos sonreía exteriorizando la sonrisa sin importarle en modo alguno quien lo viese, por otra parte, pensaba, – Si me vieses echarles la lengua sería distinto, pero una sonrisa, aunque sea de un desconocido, siempre es bien recibida.

A los pocos días regresó a dormir en el albergue de acogida, viéndose con ella en noches alternas. Por su parte ella, tenía por clientela de su peluquería a lo más selecto de la ciudad, era la peluquera de moda y sus precios los más altos con diferencia de las demás peluquerías, pero entre la ignorante pequeña burguesía el pagar más por un peinado, corte o tratamientos del pelo, a sabiendas de que otras mujeres no pueden hacerlo, les proporcionaba, según creían, distinción. Esto las diferenciaba de las demás mujeres, por otro lado, la satisfacción interna de sentirse diferentes y exclusivas halagaba su ego infinitamente.

Desde un principio la peluquera había intuido ambas cosas, su local moderno, decorado con gusto, proporcionaba ambas satisfacciones, a esto lo ayudaba varios botes con buenos caramelos de clases diferentes y varias bonitas bomboneras con variados bombones, una botella de agua se le ofrecía a cada cliente.

Si la tarde de trabajo se extendía en exceso y pasaba de una hora prudente, una llamada, y poco tiempo después aparecían una o dos pizzas ya cortadas en pequeños trozos fáciles de coger y comer. Las mujeres pudientes, y no tan pudientes pero que intentaban parecerlo, se encontraban en la gloria. Para ellas, era su peluquería, y además era su club de distinguida reunión.

Como propietaria y peluquera jefa retocaba siempre los trabajos de sus tres ayudantas, recibía y acompañaba a la puerta, en todo momento se mantenía distinguidamente humilde, no tomándose nunca liberalidad alguna con ellas, pasaba desapercibida, sus clientas eran las estrellas y el último día debían ser tratadas como si fuese el primero. Todo el ofrecimiento extra al cuidado del cabello en sí, podría parecer gratuito, y que se le ofrecía como deferencias a sus personas, la realidad era que todo eso iba incluido generosamente en el precio. Poco a poco iba enriqueciéndose, lenta y disimuladamente.

Se enamoró de Miguel Rodríguez, él no tanto de ella, a él le gustaba su cuerpo y su rostro de agraciadas facciones, y se encontraba cómodo a su lado, quizás en otro momento pudiese ser distinto, pero tenía su cabeza en otros lugares, no buscaba nada, únicamente huía de sí mismo para tal vez acabar encontrándose sin buscarse.

Ella le propuso quedarse todas las noches, le propuso montar un taller de mecánica en el que ella aportaría íntegramente el capital, serían socios al cincuenta por cien. Ella se entregó a él en un enamoramiento de frenesí y él huyó, no de su enamoramiento, tampoco huyó de ella, huyó de sí mismo, dejando un tremendo vacío en el alma de ella y un vacío no pequeño en el alma de él.
